ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

El sacramento de la esperanza

25 de mayo de 2008

Así podemos definir a la Eucaristía: ese momento donde Cristo celebra con su Pueblo su misterio pascual de acción de gracias, sobre todo los domingos; ese momento también donde su Presencia se hace más grande, más expresiva, más real. Todo lo que ayude a crear en los hombres y mujeres esperanza cierta, no engaño publicitario, es un bien para todos. Nada hay que más despersionice al hombre que no sentirse querido por nadie, esperado por nadie. Lo dice Benedicto XVI de modo sugestivo: «*El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de redención que da un nuevo sentido a su existencia*» (*Spe salvi*, 26).

Pero, ¿está al alcance de todos esa posibilidad? Por parte de Dios el camino está abierto; en el mundo en que vivimos, la redención de Cristo encuentra muchos obstáculos, por parte del enemigo de la humanidad, el Demonio, y de los que cedemos al mal y caemos en pecado, en injusticia. Muchos no conocen a Dios, ni a Jesucristo, ni lo que es su Iglesia; no saben lo que es la alegría de sentirse hijo de Dios, amado por Cristo, ayudado por el Espíritu Santo. Tampoco gozan todos, por la injusticia humana, de las oportunidades para vivir una vida digna. No es la ciencia la que redime al hombre; éste sólo es redimido por el amor.

¿Qué hemos de hacer, pues, hermanos? Sin duda alguna, valorar ese amor absoluto e incondicionado de Dios que el hombre necesita para encontrar sentido a la vida y vivirla con esperanza, mostrando en